

RECORDANDO A FRANCISCO DE SOLANO

POR

SALVADOR BERNABÉU ALBERT

MANUEL LUCENA GIRALDO

Centro de Estudios Históricos, CSIC

I SALVADOR BERNABÉU

Francisco de Solano y Pérez-Lila (1930-1996), Paco para sus amigos y cercanos colaboradores, se nos fue sin apenas hacer ruido. El deceso ocurrió en agosto, cuando la mayoría de sus compañeros y amigos descansaban en los más diversos lugares dentro y fuera de España. Para unos, una esquela sirvió de vehículo de la penosa noticia; para otros, una llamada de teléfono o un escueto fax. Paco murió durante las vacaciones, porque de otro modo no hubiera sido posible. Varios proyectos le aguardaban, le entusiasmaban y le tenían amarrado a esta península con vocación ultramarina. Había acabado su biografía de Antonio de Ulloa (la figura histórica que más le marcó en su labor académica) como si de su primer libro se tratara y ya preparaba un acercamiento más completo a las vidas de Bucareli y Gálvez, otros dos personajes —andaluces como él— que le fascinaban. Mejor dicho, le fascinaban sus familias, las redes de poder que tejieron y la enorme calidad humana e intelectual de estos hombres de la Ilustración, a los que pudo desvestir gracias al descubrimiento de una importante correspondencia privada en el Archivo General de Indias, más tarde publicada en la Universidad Nacional Autónoma de México.

El «Ulloa» de Paco (en el siglo pasado se escuchaba manganito está escribiendo un Carlos V; fulanito, una Isabel la Católica) ha sido la culminación de una fructífera y brillante vida intelectual dedicada al Americanismo, del que fue una de las más importantes plumas de la segunda mitad de este siglo. Era el primer manuscrito acabado

tras su jubilación; una circunstancia que redobló su actividad tanto fuera como dentro de España. Nunca le había visto más ilusionado por la finalización de un trabajo. Una mañana de septiembre, acabado de llegar de Santiago de Chile, me pidió ideas para ponerle un título «al Ulloa». Barajamos dos o tres, pero ninguna le dejaron satisfecho. La indagación fue una excusa para hablarme durante largo rato de los nuevos hallazgos de su personaje, de las matizaciones a otras afirmaciones ya publicadas y del enorme caudal de posibilidades que ofrecía la biografía bien hecha. Lucidez, desvelo y un desmedido arte del perfeccionismo hasta en los más mínimos detalles se daban la mano en una nueva obra que nacía con la limpieza del trazo que caracterizaba la escritura de Paco. Al día siguiente le ofrecí una nueva alternativa: Ulloa o la pasión de ilustrar (copia de un libro que me impresionó profundamente y que acababa de leer en Santiago de Chile: *La pasión de Foucault*, de James Miller). Paco se mostró satisfecho y la aceptó. El título sintetizaba y engarzaba los múltiples trabajos y saberes que Ulloa desarrolló en su vida. Además, retrataba un personaje «sorprendente» al que Paco había calificado como «paradigma del marino científico de la ilustración española» («Don Antonio de Ulloa, paradigma del marino científico de la Ilustración española», *Revista da Universidade de Coimbra*, XXXV (1989), pp. 333-345) y dedicado dos libros y varios artículos (*Antonio de Ulloa y la Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979; 2ª edición en 1990; y el estudio preliminar al facsimil de la obra de Antonio de Ulloa, *El eclipse de sol con el anillo refractario de sus rayos, la luz de este astro, vista a través del cuerpo de la luna...*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992. El último de sus trabajos publicados dedicados al sabio sevillano fue «Antonio de Ulloa, marino», en el *II Centenario de Don Antonio de Ulloa*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos-Archivo General de Indias, 1995, pp. 219-239).

Rescato este episodio de la dilatada relación con mi maestro y amigo porque si algo caracterizaba al doctor Solano era su pasión por la Historia de América, la que había convertido en una aventura y un goce. Sus trabajos académicos son solo la punta del iceberg de un enorme conocimiento acumulado a lo largo de sus estudios, viajes, conversaciones y trabajos. Brillante estudiante y sobresaliente doctor en Historia por su querida Universidad Complutense de Madrid, de la que fue profesor de la asignatura *Historia Social y Eco-*

nómica de América, conservó a lo largo de su vida una insaciable necesidad de conocer y comprender el pasado americano, que le llevó a visitar los más apartados lugares del Nuevo Mundo y a establecer una constante red de intercambios académicos con buena parte de los más importantes historiadores europeos e iberoamericanos, algunos, como él, también desaparecidos en este último «*annus terribilis*» (recuerdo con admiración a Roberto Moreno de los Arcos, la primera persona que me recibió en México). Americanista en toda la extensión de la palabra, el doctor Solano había atesorado al final de su vida un conocimiento de la Historia de América poco común para estos tiempos de «especialización». Pocos historiadores como él habían recorrido los diversos países iberoamericanos, trabajado en sus archivos y participado en encuentros culturales, dejando huellas de su labor docente en numerosas universidades y centros culturales desde Santiago de Chile a Zacatecas. El doctor Solano fue profesor visitante en las universidades de Lisboa (1966, 1969, 1970), San Carlos de Guatemala (1973, 1974), San José de Costa Rica (1974, 1978), Caracas (1975-1977), Paris-Nanterre (1975), El Colegio de México (1976), el Instituto Riva-Agüero de Lima (1978), la Universidad Nacional Autónoma de México (1981, 1988 y 1989), la Universidad Iberoamericana de México, la Universidad de Santiago, la Universidad Católica de Chile (1982 y 1990), la Biblioteca Nacional de la República Dominicana (1983), la Maison des Pays Iberoiques, Universidad de Burdeos III (1985); la Universidad de Chile (1991); la Universidad Gabriela Mistral (1992), la Universidad de la Frontera (1993) y el Doctorado en Historia de Zacatecas (1995), entre otras instituciones que visitó en su fructífero peregrinaje iberoamericano. Pero, además, desde sus puestos administrativos promovió el intercambio académico y la donación de varias bibliotecas científicas españolas que ayudaron a mantener la labor científica en diversos países americanos abatidos por las crisis financieras. Los reconocimientos académicos y las muestras de condolencias dibujan un mapa de América casi tan exacto como el real.

En cuanto a la geografía del saber del doctor Solano, destacan, sobre todo, tres territorios. En primer lugar, sus trabajos sobre la historia urbana, convencido de que la ciudad era un fenómeno total que mezcla los más variados niveles de la realidad: social, económico, político y cultural. Alentado por la pobre historiografía sobre el tema en Iberoamérica, promovió varias reuniones, cursos y empresas

R. I., 1997, n.º 209

editoriales en donde se analizó el fenómeno urbano y se reorientaron las investigaciones. Ningún lugar le fue más grato como las plazas mayores: el «elemento definitorio de todos y cada uno de los núcleos urbanos hispanoamericanos» («Teoría de la plaza mayor india. Estado de la cuestión», *VI Congreso Internacional de Historia de América*, t. II, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1982, pp. 109-127). El doctor Solano sentía especial predilección por las situaciones particulares de sociabilidad, por lo que estudió las fiestas —religiosas y civiles— y otras actividades laborales que se desarrollaban en las plazas citadinas («Nivel cultural, teatro y diversiones colectivas en las ciudades de la Venezuela colonial (1747-1760)», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, LIX (1976), pp. 63-102; y «Elites y calidad de vida en el Alto Perú, a mediados del siglo XVII, según la correspondencia privada de un noble gaditano», *III Jornadas de Andalucía y América*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1984, pp. 139-162). Diversos paseos con Paco por las calles de Sevilla y México me convencieron de que su percepción del estudio de las ciudades había evolucionado de un medio para comprender la presencia española en América a un fin en sí mismo, adquiriendo lo urbano una autonomía enriquecedora: la ciudad es objeto y sujeto gracias a constituirse en un observatorio privilegiado donde las estructuras y relaciones sociales pueden reconocerse y analizarse más fácilmente que en otros espacios (*Estudios sobre la ciudad iberoamericana*, Madrid, CSIC, 1975; 2ª edición en 1983; «La conquista urbana de América Central (1509-1579)», *Estudios del Reino de Guatemala*, Sevilla, CSIC, 1985, pp. 5-26; director científico de la *Historia Urbana de Iberoamérica*, editada por el Colegio Superior de Arquitectos de España en varios volúmenes; y como coordinador de *Historia y futuro de la ciudad iberoamericana. Un curso en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo*, Madrid, CSIC-Universidad Internacional «Menéndez Pelayo», 1986). Lector ávido de cientos de páginas sobre la ciudad de Sevilla, cuya geografía americanista conocía al dedillo, ninguna ciudad le fue más querida que la gran metrópoli mexicana, en donde contaba con numerosos amigos. Allí dio una de sus conferencias predilectas sobre los testimonios inéditos de Antonio de Ulloa en 1777 (*La ciudad de México en el año de 1777*, México, Centro de Estudios de Historia de México, 1980) y a ella le dedicó su reciente *Las voces de la ciudad. México a través de sus impresos (1539-1821)*

R. I., 1997, n.º 209

(Madrid, CSIC, 1994), en donde demostró la importancia de las fuentes impresas para el estudio de los núcleos urbanos, tema que ya había abordado en 1984 en el Séminaire Interuniversitaire sur l'Amérique Espagnole Coloniale («Fiestas en la ciudad de México», *La ville en Amérique Espagnole Coloniale*, Paris, Université de la Sorbonne Nouvelle Paris III, 1984, pp. 243-332).

Esta dedicación de Paco al mundo citadino se complementa con otro tema de gran importancia en su historiografía: el espacio rural. Gran conocedor del derecho indiano, estudió el régimen de tierras durante la época colonial, deteniéndose particularmente en la Nueva España (*Cedulario de tierras. Compilación de legislación agraria colonial (1497-1820)*, México, UNAM, 1984; segunda edición en 1991 subsanando algunos errores aparecidos en la primera) y Guatemala (*Tierra y sociedad en el reino de Guatemala*, Guatemala, Universidad de San Carlos, Editorial Universitaria, 1977). Temas como el juez de tierras, las políticas de concentración indígenas y, sobre todo, la composición de las tierras —de la que se convirtió en un auténtico especialista— fueron analizados meticulosamente, aportando nuevas interpretaciones y matizando argumentos vertidos en trabajos de gran popularidad que no habían considerado la importancia, en la historia colonial, de la apropiación indebida. En diversos trabajos, Paco —conocedor como pocos americanistas de los archivos de España y Ultramar— llamó la atención de la riqueza todavía no estudiada de la documentación conservada en el ramo de tierras «el más crecido, sin duda, en cuanto a masa documental en todos los fondos de los archivos nacionales hispanoamericanos».

El interés por los espacios urbanos y rurales tiene su complemento en la inacabada serie de recopilaciones documentales (*Ciudades hispanoamericanas y pueblos de indios*, Madrid, CSIC, 1990) y ediciones de relaciones geográficas que el doctor Solano realizó en colaboración con varios becarios del Centro de Estudios Históricos. De nuevo, Solano fue introducido en estos temas por Antonio de Ulloa, cuyas relaciones geográficas sobre la Nueva España publicó con gran éxito en su obra *Antonio de Ulloa y la Nueva España* (1979 y 1990, pp. 1-119). Las relaciones geográficas siguientes fueron precedidas por un utilísimo libro en el que se recogieron y estudiaron una treintena de cuestionarios para la formación de las citadas relaciones (*Cuestionarios para la formación de las Relaciones Geográficas de Indias. Siglos XVI/XIX*, Madrid, CSIC, 1988). En el preámbu-

lo, el doctor Solano resaltaba el extraordinario valor de esta documentación por la calidad de las notificaciones, lo que la convertían en «una fuente capital e indispensable para completar la definición del tiempo colonial». Esta aseveración queda demostrada con la edición de las riquísimas relaciones geográficas del arzobispado de México de 1743-1744, suscitadas por una real cédula de Felipe V del 19 de junio de 1741, que el doctor Solano editó junto a algunos de los mapas que integran el famoso *Atlas eclesiástico del arzobispado de México*, de José Antonio de Alzate (*Relaciones geográficas del arzobispado de México. 1743*, 2 vols., Madrid, CSIC, 1988). A esta obra le seguirían las *Relaciones topográficas de Venezuela, 1815/1819*, publicadas de nuevo en el CSIC el año 1991, que tuvieron su origen en los estudios realizados por el ejército expedicionario de Costa Firme en vísperas de la Independencia. Por último, el doctor Solano entregaría a las prensas su edición de las *Relaciones Económicas del Reino de Chile, 1780* (Madrid, CSIC, 1994), dejando sin realizar otros proyectos como la publicación de las relaciones geográficas de Michoacán o Puebla (siglo XVIII).

Otra de las aportaciones del doctor Solano a lo largo de su trayectoria profesional fueron sus estudios sobre el mundo indígena (las continuidades y rupturas) y los problemas políticos o no de su aculturación. Tema madrugador en su trayectoria intelectual («Creencias y supervivencias prehispánicas en la Guatemala dieciochesca», en *Antropología e Historia de Guatemala*, Guatemala, XV, nº 2, 1963), sobresale su magnífica tesis doctoral sobre los mayas en el siglo XVIII (Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1974), que obtuvo el premio «Menéndez Pelayo» a la Investigación Histórica, donde subrayó el protagonismo de los indígenas en la formación y desarrollo de una sociedad colonial, alejándose de una predominante escuela que remarcaba las acciones y actitudes de los españoles, en beneficio de un enfoque más equilibrado en donde se estudiaban la interacción activa de las dos partes y sus resultados. Y ello, en un marco regional que completaba la visión nacionalista e imperial, utilizando materiales de archivos ultramarinos y provinciales muy desconocidos hasta entonces. Características éstas hoy normales en las investigaciones americanistas, pero poco frecuentes en los años sesenta. Desgraciadamente, el incendio del Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» truncó otra serie de investigaciones que el doctor Solano tenía comenzadas, si bien, trasladó sus preocupaciones a otras regio-

nes americanas y a reflexionar sobre la historia colonial, surgiendo estudios de gran importancia al detectar, en un tiempo largo, las características y rupturas de ciertos fenómenos, como el papel de los intérpretes («El intérprete: uno de los ejes de la aculturación», *Simpósio Hispanoamericano de Indigenismo Histórico*, Valladolid, 1975) y el aprendizaje y difusión del español entre los indios (1492/1820), investigación que inició para el libro de homenaje al profesor Saint-Lu y que posteriormente ampliaría en una colección documental sobre este importante tema (*Documentos sobre política lingüística en Hispanoamérica, 1492-1800*, Madrid, CSIC, 1991), que el doctor Solano juzgaba paralelo al de urbanización: «Escolarización, con enseñanza implícita del español, y urbanización son, pues, factores aculturadores que el Estado presenta unidos para iniciar con ellos la construcción hispanoamericana».

La pasión de Paco por la historia de América sólo era superada por su pasión por los libros. Disfrutaba —y nos hacía disfrutar a sus alumnos— de una cultura libresca de gran altura. Contaba con una biblioteca admirable, en la que se apiñaban compras, donaciones —muchas de las cuales depositó en los anaqueles del Centro de Estudios Históricos con un personal sello—, regalos y «descubrimientos». Estos últimos tenían lugar en las tiendas de segunda mano o de libros antiguos, como las situadas a espaldas de la catedral de México, en donde el doctor Solano adquirió verdaderas joyas. Vidas de santos, libros de devoción, cronistas de América, textos jurídicos, diarios de descubrimiento..., parecían no tener secretos para Francisco de Solano, que siempre era capaz de sorprender con nuevos datos y anécdotas a los que teníamos la suerte de conversar con él. Esa pasión por los libros se tradujo en la dirección de varias tesis sobre bibliotecas, como la realizada por Catalina Romero, y a escribir un memorable artículo sobre los libros de Gálvez, que tituló: «Reformismo y cultura intelectual. La biblioteca privada de José de Gálvez, ministro de Indias» (*Quinto Centenario*, 2, 1981, pp. 1-100). Otra biblioteca que estudió fue la que perteneció a José de Veitia Linaje, aprovechando la elaboración de un prólogo —excelente por otra parte— para la edición facsimilar que del *Norte de contratación de las Indias* realizó el Instituto de Estudios Fiscales en 1982. Por último, habría que citar en este apartado otro trabajo titulado «Los libros del misionero. Siglo XVIII», publicado en *Misionalia Hispanica* (XX, 1963, pp. 319-350). «Como muestras testimoniales —escribió Solano en los *Ensa-*

R. I., 1997, n.º 209

yos de metodología histórica en el campo americanista (CSIC, 1985), coordinados por Fermín del Pino—, las bibliotecas y sus libros representan instrumentos valiosos (y cuantificables) para cimentar la cultura, presentar las maneras de pensar, así como apuntar hacia los caminos de la evasión y la esperanza. Un medio también para perfilar los rasgos de las mentalidades, precisando entre todos una imagen más certera del tiempo pasado». Por si caben algunas dudas a este respecto, de nuevo recordaré uno de sus últimos trabajos: *Las Voces de la ciudad. México a través de sus impresos*, donde se dieron la mano dos de sus temas más queridos, la historia urbana y los libros.

Otra de las constantes en la vida académica del doctor Solano fue la revisión de viejos temas, ofreciendo balances historiográficos, nuevas interpretaciones y perspectivas de investigación, y remarcando olvidados repertorios documentales, como los que custodia la Casa de Alba (*Papeles de América en el Archivo ducal de Alba*, catalogado bajo la dirección de Francisco de Solano, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1991). Siempre atento a las novedades metodológicas, el doctor Solano supo relanzar temas que parecían ya agotados y ofreció su generosa colaboración a compañeros y alumnos. En 1985 apareció un volumen de estudios dedicados a la abolición de la esclavitud (*Estudios sobre abolición de la esclavitud*, Madrid, CSIC; más tarde completado con otro libro editado junto a Agustín Guimerá: *Esclavitud y derechos humanos. La lucha por la libertad del negro en el siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1990). Tres años después, en 1988, el tema a revisar fue la conquista y sus protagonistas, los conquistadores, apareciendo el libro *Proceso histórico al conquistador* (Madrid, Alianza Editorial), fruto de un exitoso curso de la Universidad «Menéndez Pelayo» en la capital hispalense. Unos meses más tarde, la imprenta daría un nuevo libro, editado en colaboración con F. Rodao y Luis Togores, titulado *Extremo Oriente Ibérico. Investigaciones históricas, metodología y estado de la cuestión* (Madrid, ICI-CSIC, 1989), con el que volvió a retomar un antiguo tema que siempre le había interesado: la expansión ibérica en Asia. Como prueba de esta aseveración, véase su trabajo «Navíos y mercaderes en la ruta occidental de las especies (1519-1563)» (Lisboa, 1975), sus palabras *in memoriam* de Armando Cortesao (1891-1977), y el proyecto de salvaguarda y recuperación del archivo histórico de Filipinas. Por último, editó junto al autor de estas líneas

una revisión de los estudios de la frontera en *Estudios (nuevos y viejos) sobre la frontera* (Madrid, CSIC, 1990), tema sobre el que dirigió varios proyectos en España y Chile (en este último país, en colaboración con Carmen Norambuena, directora de IDEA, de la Universidad de Santiago).

Por último, habría que citar los trabajos que Francisco de Solano dedicó a la historia de la Ciencia, desde sus artículos sobre las expediciones científicas y su dirección de tesis doctorales en el marco de dos proyectos científicos, hasta sus artículos sobre el Archivo General de Indias («Viajes, comisiones y expediciones españolas a ultramar durante el siglo XVIII», *Cuadernos Hispanoamericanos. Los Complementarios*, 2 (1988), pp. 146-156; y «El Archivo General de Indias y la promoción del Americanismo científico», *Carlos III y la ciencia de la Ilustración*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 277-298). Este balance general de la labor americanista, en espera de más concienzudos y serenos análisis, estaría incompleto sin mencionar sus investigaciones sobre la emigración («Emigración andaluza a las Indias durante el siglo XVI», *América y la España del siglo XVI*, Madrid, 1983, t.II, pp. 39-46; e «Inmigración latinoamericana a Puerto Rico, 1800/1898», *Revista de Indias*, 195/196, 1992, pp. 923-957), la historia naval («Tráfico marítimo y conflictividad en el mar de las Antillas durante la guerra de la independencia norteamericana (1776-1783)», Madrid, 1980; y «La Carrera de Indias después de 1588», *Después de la Gran Armada: la Historia desconocida (1588-1700)*, Madrid, Instituto de Historia Naval, 1993, pp. 73-84), los reales ejércitos («Orígenes de los Reales Ejércitos: reforma y planificación», *Las fuerzas armadas españolas. Historia institucional y social*, Madrid, Alhambra, 1986, t. I, pp. 45-99), el Inca Garcilaso de la Vega, otro de sus personajes históricos preferido («Los nombres del Inca Garcilaso: definición e identidad», *Histórica*, XV (1991), pp. 93-120, y *Anuario de Estudios Americanos*, 48 (1991), pp. 121-150; y «El blasón del mestizo Inca Garcilaso de la Vega», *Ibérica*, Paris, 3 (1994), pp. 131-143), y sus estudios en la Biblioteca de Autores Españoles (estudio preliminar a la *Historia Eclesiástica Indiana*, de Jerónimo de Mendieta, Madrid, BAE n°260, 1973)

La herencia escrita de Paco no se puede desgajar de sus puestos administrativos y labores docentes, aunque ésta es una labor que rebasa con creces los fines más modestos de esta pequeña glosa que encabeza el número que tienes en tus manos de su querida *Revista*

R. I., 1997, n.º 209

de Indias, en donde ocupó varios puestos hasta llegar a la dirección. La pasión por la historia de América, sus filias y sus fobias, su rigor e inquietudes están recogidas en buena parte en los números que preceden a éste, y sin duda perdurará durante algún tiempo más, porque los que tuvimos la suerte de contar con su amistad lo echamos de menos en cada reunión. Paco tenía la rara habilidad de utilizar las palabras precisas para enmendar las rigideces y disolver los contratiempos.

En la Universidad Complutense, una fría mañana de octubre, Francisco de Solano repasaba las fichas de sus nuevos alumnos de *Historia Económica y Social de América*, la asignatura que daba en el último año de la carrera de Geografía e Historia como profesor asociado. Cordial, amable y un tanto eufórico —quizás porque la mayoría de los alumnos de aquel año habían elegido su asignatura, de carácter opcional— se fijó en un alumno que había nacido en Jumilla. Se dirigió a mí y me habló de una familia de emigrantes jumillanos que le habían acogido en su juventud en Venezuela. Aquel lejano encuentro americano propició una larga amistad que ha influido decisivamente en mi vida profesional, prolongando en el Centro de Estudios Históricos sus enseñanzas y sus amenos comentarios. Su desaparición ha sido, por todo ello, una triste experiencia que se mitiga al evocar su elegante personalidad y al comprobar la suerte que he tenido de haber sido su alumno y amigo. En un último acto de generosidad, Paco regaló parte de su biblioteca al Archivo Histórico de Cádiz, su tierra natal, cuya dirección está a cargo de un viejo amigo, Manuel Ravina. La que fuera secretaria del departamento de Historia de América y de Paco por muchos años, Eulalia Gálvez, y yo, cerramos las últimas cajas que él fue pacientemente llenando con sus libros, esto es, con su vida, y las enviamos a la capital gaditana. Ahora, con tristeza, abro el texto de su memoria, que espero se enriquezca en el futuro y permanezca a nuestro lado como ejemplo de aventura y goce con el pasado iberoamericano.

II MANUEL LUCENA GIRALDO

Esta nota debe ser, en primer lugar, la confesión de una impotencia. No entiendo las razones por las que alguien tan importante como Paco se nos ha ido antes de haber podido conversar largamente, sobre la base segura de la vida llevada a buen puerto, en el disfrute del magisterio tranquilo y la quietud que caracterizaron sus últimos años entre nosotros. No hay consuelo posible ni ante su ausencia ni ante la ignorancia que la vida ha vuelto brutalmente consciente de su elegante despedida, de que vivíamos sus últimos meses, porque Paco se nos estaba yendo. En este sentido, al escribir estas líneas carezco de la exquisita neutralidad que tienen los autores de algunas necrológicas, que ponderan vidas y obras en un tono académico y seguro, porque el dolor de la pérdida de un maestro y un amigo tan querido es demasiado intensa como para pretender otra cosa. No obstante, como discípulo suyo y representante generacional del grupo de americanistas españoles nacido a la vida académica en la segunda mitad de la década de los ochenta hay algunos aspectos sobre los que quisiera llamar la atención. En primer lugar, creo que la relación entre el hombre y el espacio americano, algunas veces fluída, otras veces plena de tensión, articula buena parte de su obra. Entre su licenciatura en la Universidad Complutense en 1959 y su doctorado en Historia de América en 1968, Francisco de Solano se formó en el manejo de una metodología para el estudio histórico del espacio perfectamente visible en su clásico *Los Mayas del siglo XVIII* (Madrid, 1973). Hasta el fin de sus días se mantuvo esta tendencia homogeneizadora, en modo alguno entendida como limitación. Movid por una curiosidad renacentista, Solano vivía su feliz obsesión urbana, regalándonos trabajos sobre la modernización de la ciudad, la legislación, el abastecimiento, las imágenes y voces, las fiestas y la cotidianidad y coordinando la monumental *Historia Urbana de Iberoamérica* entre 1989 y 1993. Sobre esta innovadora base pudo desempeñar un papel de puente generacional, ya que su avance natural hacia los estudios de Historia Urbana permite que su obra se consolide a lo largo de los setenta como referencia insustituible tanto para el americanismo tradicional como para el que mostraba visos de transformación. Frente a un devenir intelectual tan español, tan marcado por desgarros y rupturas, la obra de Solano se articula con

nuestra tradición poligráfica, archivística y erudita pero también se homologa internacionalmente, representa análisis e ideas que suponen y abanderan corrientes de decidida renovación. Este papel de puente generacional, de referencia para todas las miradas, se mantendrá siempre, ya que la gran pregunta del origen del paisaje americano, con sus hombres, sus mestizajes, sus invenciones y sus pérdidas lo deslizan a terrenos como la Historia de la Ciencia y de la Técnica y le acercan al final a las inquietudes de la Nueva Historia Cultural. En el primer caso, su participación en el proyecto «Contribución americana al desarrollo del humanismo y la ciencia moderna en España» (1985-1988) abre las puertas al diálogo fecundo con investigadores de variadas procedencias y consolida una línea de colaboración del Americanismo con la Historia de la Ciencia que ha dado algunos de los mejores frutos de la última década. En segundo término, ya en los noventa, su actitud muestra que lo nuevo puede venir con el ropaje de lo viejo. Mientras la Nueva Historia Cultural iba desgranando una nueva visión, hoy dominante, de las Crónicas de Indias, Solano nos sorprendía con sus *Documentos sobre política lingüística en Hispanoamérica (1492-1800)* (Madrid, 1991), fruto de intereses ya visibles en el artículo «El intérprete: uno de los ejes de la aculturación» (Valladolid, 1975) y en su propia Tesis Doctoral. No hace falta recordar que la inquietud por la comunicación cultural, la lengua, las bibliotecas y la difusión de ideas ha sido más allá de cualquier moda o tendencia una de las constantes de su producción historiográfica.

Ese carácter de obra concedora de lo antiguo pero también dinámica y abierta nace de otra peculiaridad de Francisco de Solano, su carácter marcadamente cosmopolita y su talante humanista. Dentro de su generación no hay figura equivalente ni en lo referente a la cantidad de relaciones intelectuales establecidas en Europa y en América ni en lo que atañe a una curiosidad por todo que parecía de otra época y convertía la conversación en una delicia. Este humanismo curioso explica su apertura a otros campos, mientras su cosmopolitismo le permitió sobrevivir a las dificultades buscando periódicamente otros horizontes. Francisco de Solano vivió mirando a América y a ella le dedicó su vida, a sus ciudades, sus campos, sus hombres y su memoria. Quizás esta es la mejor enseñanza que ha dejado a sus muchos discípulos, la de una mirada siempre sorprendida hacia lo novedoso del Nuevo Mundo, que nacía en él de un or-

gullo incontestable por la trayectoria histórica de España, que como buen andaluz veía a través del prisma de la variedad y la mezcla cultural. Es cierto que algunas veces se gana en profundidad al precio de esparcir el talento en menos direcciones, pero la vastedad de su obra muestra a las claras que el balance entre curiosidad y hondura en el análisis fue espléndidamente conseguido.

Quizás la vida y la obra de Francisco de Solano tuvieron algo de ese carácter fronterizo que le atraía tanto, a veces perdidas en la distancia bajo el punto de vista de los que se encontraban en el centro y dictaban la norma, a veces bajo el cobijo de la ciudad, buscando el bienestar vital y familiar de una cuadrícula plantada por una voluntad de crear, la de las Ordenanzas de 1573, como él hubiera señalado. Hace falta tiempo y distancia para hacer de las fronteras nuestros territorios, para reconocernos en ellas, como hará falta tiempo para valorar la magnitud de lo que hemos perdido y percibir adecuadamente los caminos y las señales que sus escritos nos han dejado. Mientras tanto, si escribimos historia para inventar el pasado, sobrevivir al presente y dominar el futuro, es dudoso que podamos, aún con todas las artes del oficio, ser capaces de mitigar su ausencia.